

# LAS EMOCIONES EN LA HISTORIA DEL TRABAJO

## POSIBLES ABORDAJES ANALÍTICOS

EMOTIONS IN THE HISTORY OF WORK: POSSIBLE ANALYTICAL APPROACHES

Inés Pérez<sup>1</sup> & María Bjerg<sup>2</sup>

*Palabras clave*

Trabajo emocional,  
Estilos emocionales,  
Comunidades emocionales,  
Navegación de sentimientos

*Recibido*

21-7-2022

*Aceptado*

1-12-2022

*Resumen*

La hipótesis que sostenemos, a lo largo del texto, es que el diálogo con los estudios de las emociones contribuye a ampliar el horizonte de análisis no solo de los trabajadores y sus identidades de clase y de género, sino también de sus sentimientos hacia el trabajo, su impacto en su vida emocional, de la interacción entre su carga y la carga emocional y de la gestión de las emociones en los ámbitos laborales. Para ello, proponemos tres abordajes desarrollados en el campo de los estudios de las emociones con el objetivo de sugerir posibles diálogos con la historiografía del trabajo: el del trabajo emocional; el de los estilos, el aprendizaje y las comunidades emocionales; y el del sufrimiento emocional y la navegación de los sentimientos.

*Key words*

Emotional work,  
Emotional styles,  
Emotional communities,  
Navigation of feelings

*Received*

21-7-2022

*Accepted*

1-12-2022

*Abstract*

Throughout the text, we support the hypothesis that the dialogue with the studies of emotions contributes to broadening the horizon of analysis not only of the workers and their class and gender identities, but also of their feelings towards work, the impact of work on their emotional life, the interaction between workload and emotional load, and the management of emotions in work environments. To that purpose, we propose three approaches developed in the field of emotion studies with the aim of suggesting possible dialogues with the historiography of work: emotional work; emotional styles, learning and communities; emotional suffering and navigation of feeling.

### INTRODUCCIÓN

En las dos últimas décadas, se ha producido una renovación en la historiografía de los mundos del trabajo en Argentina, en la que las emociones han ganado una nueva relevancia. Por un lado, el influjo del concepto de economía moral contribuyó a la com-

1 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de Mar del Plata. La Pampa 834, 7600 Mar del Plata, Argentina. C. e: [inesp18@yahoo.com](mailto:inesp18@yahoo.com).

2 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de Quilmes. Los Indios 1074, 1980 Coronel Brandsen, Argentina. C. e: [mariabjerg@gmail.com](mailto:mariabjerg@gmail.com).

presión del complicado vínculo entre la moral, la identidad de los trabajadores y las lógicas del capitalismo vernáculo.<sup>3</sup> Distintos estudios han abordado esa relación (que no es unidimensional ni históricamente estable) a partir de la categoría analítica de género, que vino a echar luz sobre una gama de relaciones de poder y que resulta crucial para comprender la disímil experiencia de las mujeres y los varones de los sectores trabajados, para pensar el significado social del trabajo femenino dentro y fuera de la esfera doméstica y para superar la dicotomía entre trabajo reproductivo y trabajo productivo.<sup>4</sup>

Esa mirada multiplicó los escenarios de la vida laboral e incorporó actores sociales cuyas experiencias transcurrían en espacios específicos del mercado (marítimos, ferroviarios, petroleros, azucareros) y en lugares que habían permanecido fuera del radar de la historiografía (desde Comodoro Rivadavia a Tucumán). Estos deslizamientos contribuyeron a reponer una diversidad de lenguajes y de prácticas en los que los hombres y las mujeres de las clases trabajadoras expresaban sus sentidos de lo justo y desplegaban su capacidad de agencia. El desplazamiento del foco analítico desde los espacios tradicionales del trabajo extradoméstico, el sindicato y los locales partidarios hacia la familia, la comunidad, la sociabilidad y la vida cultural y, además, la incorporación de la variable de género permitieron exponer la complejidad de las lógicas que subyacen a la evaluación de lo que los y las trabajadoras consideraban justo, pero también revelaron que los sentimientos eran una parte constitutiva de su identidad colectiva.<sup>5</sup>

Por otro lado, nuevas investigaciones propusieron el estudio de tipos y ámbitos de trabajo que han permitido visibilizar experiencias laborales diversas, en las que la mercantilización no es siempre la norma y donde las relaciones contractuales coexisten y se superponen con vínculos personales y de dependencia, atravesados por clivajes de género, edad, origen migratorio y procesos de racialización. Estos estudios han abordado actividades en las que el valor del producto del trabajo no es independiente de quien lo realiza, dando lugar a vínculos afectivos y de reciprocidad –aunque fuertemente asimétricos– marcados por la proximidad, la cotidianidad y la intimidad. El análisis de estos mundos del trabajo ha permitido desarrollar una crítica a la narrativa del progresivo desplazamiento de unas relaciones personales y de dependencia en favor de otras, crecientemente mercantilizadas (Schettini y Suriano 2019, Allemandi 2017, Aversa 2014, Pita 2018, Schettini 2020, D’Uva 2019, Mitidieri 2021).

Sin embargo, aunque el corpus de indagaciones producido en el contexto de esta renovación historiográfica está salpicado de referencias al honor, el dolor, la angustia,

---

3 Thompson (1971) recurrió al concepto de economía moral para argumentar que el comportamiento de la gente en el mercado (presentado por el autor como una arena de conflicto entre la multitud y las clases dominantes) estaba arraigado en una comunidad que compartía “una visión tradicional de las normas y las obligaciones sociales”, a partir de la cual la multitud evaluaba –y se oponía– a las prácticas morales injustas.

4 Ver, entre otros, Palermo (2013), Andújar, Caruso, Gutiérrez, Palermo, Pita y Schettini (2016) y Caruso (2016).

5 Existe una amplia discusión sobre la distinción conceptual entre afectos, sentimientos, emociones y pasiones. En este texto, sin embargo, los utilizaremos como sinónimos. Para una síntesis de estos debates, ver, entre otros, Boddice (2018).

la desilusión, el amor, la valentía y el orgullo, las emociones todavía ocupan un lugar marginal en la interpretación y aparecen más como datos de color que como categoría de análisis en los relatos historiográficos. Paralelamente, la historia de las emociones, un campo que desde hace varias décadas viene consolidándose en otras latitudes académicas, ha tenido un influjo relativamente tardío en la historiografía local (Bjerg y Gayol 2020). Desde mediados de los años 80, distintos estudios abogaron por la incorporación de las emociones como un objeto de estudio de la historia, arguyendo que los estándares emocionales y la forma de expresar las emociones cambian a través del tiempo y destacando que las emociones no solo son un factor que revela el cambio social, sino que también pueden ser su causa (Stearns y Stearns 1985). Entonces, ¿qué posibilidades surgen del cruce entre estos campos? ¿Qué herramientas analíticas desarrolladas por la historia de las emociones podrían abrir nuevas líneas de indagación para estudiar los mundos del trabajo del pasado?

En este artículo, proponemos tres abordajes desarrollados en el campo de los estudios de las emociones con el objetivo de sugerir posibles diálogos con la historiografía del trabajo. En primer lugar, presentamos las nociones de trabajo y carga emocional, desarrolladas desde la sociología por Arlie Rusell Hochschild, y señalamos sus puntos de contacto con recientes estudios históricos. En un segundo momento, nos detenemos en las ideas de comunidad, estilos y aprendizajes emocionales para reflexionar sobre sus articulaciones con los estudios que se han centrado en las comunidades obreras. Finalmente, tomamos los conceptos de sufrimiento y navegación emocional de William Reddy para problematizar la capacidad de agencia y las experiencias emocionales de las y los actores históricos en distintos ámbitos laborales. La hipótesis que sostenemos a lo largo del texto es que el diálogo con los estudios de las emociones contribuye a ampliar el horizonte de análisis no solo de los trabajadores y sus identidades de clase y de género, sino también de sus sentimientos hacia el trabajo, su impacto en su vida emocional, de la interacción entre su carga y la carga emocional y de la gestión de las emociones en los ámbitos laborales.

#### EL TRABAJO EMOCIONAL EN LA HISTORIOGRAFÍA

La noción de trabajo emocional fue inicialmente desarrollada por Hochschild para identificar la labor que las personas realizan sobre sus propias emociones para adecuarlas a las requeridas en el espacio laboral.<sup>6</sup> Aunque es una actividad presente en distintos ámbitos y sectores, su relevancia ha sido destacada, en particular, para el trabajo de servicios. En este caso, la relación laboral no involucra solo a empleadores y empleados, sino también a clientes, pacientes, alumnos y otras terceras partes, cuya satisfacción es medular en el producto que se ofrece. De ese modo, entre mozos, ca-

6 Hochschild (2012 [1983]) desarrolló los conceptos de *emotion work* y *emotional labor*. Ambos han sido traducidos al español como "trabajo emocional". Sin embargo, estos conceptos refieren a gestiones emocionales de distinta naturaleza. En este artículo, el trabajo emocional remite a *emotional labor*.

mareras, recepcionistas y vendedores, o entre enfermeras, docentes, terapeutas y trabajadoras domésticas, el trabajo emocional es intrínseco a aquello que se produce. Sin embargo, lo que se les requiere depende de normas emocionales específicas, variables e históricamente delimitables.

En Argentina, algunos estudios históricos han abordado el trabajo emocional, aunque no siempre de manera explícita. Las exigencias relacionales, que pueden conceptualizarse como parte de este trabajo, han sido referidas, especialmente, a la demanda de cuidado, amabilidad y buen trato, que contribuyeron a identificar ciertas ocupaciones como apropiadas para las mujeres. Aunque centradas en el género y sin recurrir a la noción de trabajo emocional como categoría de análisis, distintas investigaciones sobre el sector de servicios hicieron hincapié en las características personales –vinculadas a la apariencia, a las actitudes e incluso a la moral sexual– exigidas a las trabajadoras. En este sentido, Karina Ramacciotti y Adriana Valobra (2017) mostraron cómo el proceso de feminización de la enfermería, que se produjo a mediados del siglo xx, se apoyó en su construcción como una “vocación” asociada a una sensibilidad femenina y a una ética del cuidado que requería un espíritu de sacrificio. La misma situación se repite, como ha observado Canela Gavrila (2017), en el caso de las trabajadoras sociales, de quienes se demandaba un carácter altruista y afectuoso. De manera similar, Graciela Queirolo (2018) mostró que la amabilidad, la paciencia y la discreción eran requisitos indispensables para secretarias, taquígrafas, dactilógrafas y otras empleadas administrativas en la Buenos Aires de la primera mitad del siglo xx.

En estos casos, la identificación de ciertas cualidades emocionales como propias de la naturaleza femenina redundó en la subordinación de estas ocupaciones en las jerarquías profesionales, en tanto que los saberes necesarios para realizarlas y el trabajo emocional que demandaban no fueron reconocidos como tales. Es más, dicha subordinación, sumada al deber de obediencia, podía suponer duras cargas emocionales para estas trabajadoras.<sup>7</sup> Por ejemplo, Queirolo señaló que las empleadas de oficina muchas veces debían soportar malos tratos de parte de sus jefes, como “gritos, control obsesivo sobre las tareas [...], la exigencia de permanecer fuera del horario laboral [...] y hasta la descalificación y subestimación” (Queirolo 2018, p. 69).

La investigación de Débora Garazi sobre el trabajo en la hotelería también prestó especial atención al modo en que, en el sector, se “valoraban cualidades vinculadas a los buenos modales, la amabilidad, el respeto, la simpatía” (2020, p. 177), la buena atención y la imagen personal. Su estudio abordó las experiencias del trabajo en los hoteles, entre 1950 y 1990, haciendo foco en la ciudad de Mar del Plata. La autora destacó que las cualidades vinculadas a la buena atención también eran valoradas en los varones que, a diferencia de lo observado en los casos precedentes, eran quienes generalmente ocupaban los puestos que requerían un mayor contacto con los clientes. Su investi-

7 La idea de carga emocional refiere al esfuerzo necesario para adecuar los propios sentimientos a los estándares dominantes en un contexto específico, en este caso, en el mundo laboral. Se vincula con el concepto de sufrimiento emocional que desarrollaremos más adelante en el texto.

gación recupera el concepto de trabajo emocional de manera explícita y le otorga un lugar central en su análisis; destaca “la necesidad de los trabajadores y las trabajadoras de poner en suspenso durante la jornada laboral, las propias emociones y sentimientos en pos de generar el clima buscado por los clientes generalmente vinculado al disfrute, al descanso y al placer” (Garazi 2020, p. 153). Ella se pregunta por los niveles y los tipos de trabajo emocional de acuerdo a la categoría del servicio ofrecido y al perfil de los huéspedes y en relación al puesto de trabajo desempeñado dentro del hotel.

A diferencia de los estudios citados más arriba, el de Garazi no solo se centra en la carga emocional, sino que también examina lo que las y los trabajadores recuperaban de ese tipo de labor. En los testimonios analizados en su libro, el trabajo emocional también era asociado a elementos que las y los empleados valoraban de manera positiva. Por ejemplo, aunque las exigencias respecto del control de las propias emociones eran más intensas en los hoteles de mayor categoría, las y los trabajadores rescataban la posibilidad de tener un contacto directo con clientes famosos y, gracias a su buen trato, obtener propinas. En este punto, la investigación de Garazi se hace eco de una de las críticas que recibió el análisis del trabajo emocional propuesto por Hochschild.

La socióloga distinguió entre dos tipos de trabajo emocional: el primero implica solamente una “actuación superficial”, es decir, la adecuación de la expresión emocional a los estándares de los espacios laborales; el segundo, en cambio, supone una “actuación profunda”, que involucra la transformación de las emociones para adecuarlas al ámbito laboral. Ambas actuaciones conllevan una carga emocional que, en el largo plazo, puede generar ansiedad o incluso angustia. En este sentido, Sharon Bolton y Carol Boyd (2003) han señalado que el análisis de Hochschild se centró de manera desproporcionada en el control ejercido por los empleadores, sin tener en cuenta la capacidad de agencia de las y los trabajadores en relación con las demandas emocionales del espacio laboral, ni la satisfacción que podían experimentar al realizar su trabajo. El énfasis en la carga emocional también se vinculó a una mirada naturalizada de las emociones. Jaswinder Blackwell-Pal (2022), por ejemplo, señaló que la idea de actuación que propone Hochschild contradice al yo verdadero de los trabajadores, que existe por fuera del espacio de trabajo. En este sentido, a pesar de que la socióloga insiste en el carácter maleable y construido de las emociones, también las presenta como elementos constitutivos del ser, lo que le imposibilita observar que las subjetividades se conforman en el contexto de relaciones de trabajo, al tiempo que soslaya el carácter más bien colectivo de modelación de las emociones en espacios institucionales.

Los cruces entre la historia de las emociones y la historiografía del trabajo pueden arrojar luz sobre estos elementos. La carga emocional del trabajo debe ser analizada desde una mirada historizada de las normas emocionales que regulan los espacios laborales y de los puntos de contacto y tensión con los estándares emocionales de las comunidades de las que provienen los y las trabajadoras. El concepto de navegación de los sentimientos de William Reddy (que desarrollaremos en el tercer apartado) permite considerar las negociaciones que supone el tránsito entre comunidades emo-

cionales distintas, sin asumir una emocionalidad “verdadera” de los trabajadores, sino situándolas históricamente. En este sentido, aunque la historiografía del trabajo no ha recuperado explícitamente estos conceptos, el estudio de las comunidades obreras, el análisis de su economía moral y de los ámbitos laborales como espacios de aprendizaje de normas emocionales específicas abre líneas que podrían articularse con una mayor problematización, no solo de la centralidad de las experiencias emocionales, sino también del carácter histórico de esas emociones. Del mismo modo, las investigaciones que han puesto el acento en labores en las que el valor del trabajo no puede separarse de quien lo realiza contribuyen a la historización de las subjetividades a las que dieron lugar y, como en el caso estudiado por Garazi, a la exploración de los márgenes de agencia de los y las trabajadoras en relación con el trabajo emocional.

#### ESTILOS Y COMUNIDADES EMOCIONALES

En los últimos años, distintas investigaciones han mostrado que los espacios laborales imponen estilos emocionales específicos a las y los trabajadores porque, como ha sugerido Benno Gammerl (2015), cada constelación espacial requiere de diferentes repertorios emocionales, de manera que la gestión y la expresión de los sentimientos dependen, en gran medida, del lugar en *donde* ocurren. A partir del análisis del caso alemán, Sabina Christina Donauer (2013) ha mostrado la relevancia de los estilos emocionales en el ámbito industrial respecto de la gestión de los conflictos laborales y de los esfuerzos orientados a aumentar la productividad. Los estudios de Alison Moulds (2022) y Agnes Arnold Forster (2022) sobre las empleadas de comercio y las enfermeras en Gran Bretaña, respectivamente, también contribuyeron a problematizarlos en diferentes ámbitos de trabajo, mostrando cómo las trabajadoras se adaptaron a ellos, los resistieron y modificaron.

Aunque las investigaciones históricas para el caso argentino no han abordado las emociones como objeto central de análisis, sus hallazgos pueden interpretarse en esta clave. Por ejemplo, en su estudio sobre la industria de la carne en Berisso, Mirta Lobato señaló que, al entrar a trabajar a un frigorífico, una persona no solo accedía a un medio de subsistencia, sino que allí también encontraba “un ámbito de sociabilidad y un espacio donde se conformaban identidades, donde crecían, se desarrollaban y se afianzaban modos de pensar y de actuar”, que “a veces coincidían, y otras, eran opuestas a las inculcadas en otros espacios como la escuela, la familia o la vecindad” (Lobato 2004, p. 131). Es más, la autora ha indicado que “es posible concebir la existencia de un mundo interactivo en las fábricas basado en el afecto, que se constituye en el origen y la base de una relación de ‘colaboración legítima’ entre protector y protegido” (Lobato 2004, pp. 148-149).

En una línea similar, en su estudio sobre la industria del dulce en la ciudad de Buenos Aires, Ludmila Scheinkman (2021) observó que en las escuelas creadas en el ámbito de las fábricas se enseñaban elementos como la modestia, la sumisión y la alegría, con la intención de inculcar conformismo y desestimular la lucha por mejoras laborales. En

este sentido, podría afirmarse que, en esos espacios, instruían unos estilos singulares, que reposaban en un léxico emocional específico, como parte de la gestión de los conflictos, pero también en los que se conformaban otros, en tensión con aquellos, que abrían intersticios para canalizar diferentes acciones reivindicativas. ¿Qué nociones nos ofrece la historia de las emociones para abordar las tensiones entre esos estilos emocionales y qué dimensiones ilumina su análisis?

Recientemente, la idea de comunidades obreras ha ganado cierta centralidad en la historiografía argentina. Su estudio ha señalado la relevancia de los vínculos entre trabajadores dentro y fuera de los ámbitos laborales, en una lógica que revaloriza los espacios de encuentro informal, la sociabilidad popular y la vida familiar como ámbitos privilegiados en la conformación de la identidad de clase. ¿Qué estilos emocionales construían estas comunidades? ¿Constituían comunidades emocionales específicas?

El concepto de comunidades emocionales elaborado por Barbara Rosenwein identifica a “grupos en los que las personas adhieren a las mismas normas de expresión emocional y valoran o no las mismas emociones” (Rosenwein 2006, p. 2). Propuso esta noción para tomar distancia de la idea de régimen emocional de William Reddy, porque –según la autora– opacaba la multiplicidad de estilos emocionales presentes en una misma sociedad y los modos en que los actores históricos navegaban entre unos y otros. En efecto, de acuerdo con Rosenwein, distintas comunidades emocionales pueden coexistir y un mismo actor puede formar parte de más de una de manera simultánea. Podría pensarse que en los ámbitos laborales se constituían comunidades emocionales, al igual que las comunidades obreras, que incluían no solo a los trabajadores, sino también a sus familias y que, aún los ámbitos de participación sindical y los partidos políticos, también podrían conceptualizarse de ese modo. ¿Qué emociones se valoraban y cuáles no en cada una de ellas? ¿Qué tipo de expresiones emocionales eran admisibles y para qué sujetos? ¿En qué medida los estilos emocionales de las distintas comunidades de las que las y los trabajadores formaban parte se solapaban y en qué puntos se diferenciaban? ¿Funcionaban esas comunidades como espacios de aprendizaje emocional?

Varios de los estudios sobre las formas de resistencia de los y las trabajadoras destacan el papel de la sociabilidad y la vida familiar en la configuración de sentidos de pertenencia laboral, de tramas ideológicas compartidas y de solidaridades. La evidencia empírica que ofrecen invita a reflexionar no solo sobre el influjo de las comunidades emocionales en la configuración de economías morales e identidades, sino acerca del aprendizaje emocional de sus integrantes.<sup>8</sup> En esta clave, resulta particularmente

---

8 Entendemos al aprendizaje emocional como la forma en se aprende no solo a expresar emociones preexistentes, sino también a cómo sentir. A diferencia de lo que plantean los autores que confluyen en el libro *Learning How to Feel*, para quienes el aprendizaje emocional tiene lugar, en particular, durante la infancia y ocurre a través de la lectura, aquí sostenemos que la educación emocional puede extenderse a lo largo la vida y que, en el caso que nos ocupa, sobre la interacción entre trabajo y emociones, ese aprendizaje que tiene lugar de manera tanto formal como informal, es crucial para el comportamiento dentro de una comunidad de pares que comparten la misma profesión. Ver Frevert *et al.* (2014).

iluminadora la investigación de Silvana Palermo (2020) sobre la experiencia de los trabajadores del ferrocarril durante las protestas obreras de principios de siglo xx, cuyo corolario fue la huelga general de 1917. La autora indagó el problema desde diversas perspectivas (el género, la familia, la vida cotidiana, los universos culturales) en pequeñas localidades ferroviarias del interior del país. Observó que la movilidad física, facilitada por un sistema de transporte en vertiginosa expansión y la densidad de las redes sociales que los trabajadores (en su mayoría inmigrantes) mantenían con sus lugares de origen en Europa, ampliaba el horizonte cultural y social de sus habitantes y lo integraba en el turbulento y febril mundo atlántico de principios del siglo xx.

Palermo sostiene, entonces, que la confrontación que terminaría desembocando en la huelga general fue el emergente de una experiencia social y culturalmente construida a partir de saberes, idearios, discursos políticos, prédicas de solidaridad y prácticas de lucha que circulaban por un espacio con fronteras difusas, surcado de vínculos nacionales y transnacionales. Ahora bien, a partir de este valioso aporte, podríamos dar un paso más y preguntarnos si ese universo cultural amplio e interconectado acaso no funcionó también como un ámbito de aprendizaje emocional en el que los miembros de las comunidades ferroviarias dispersas –pero no aisladas, como bien demuestra la autora– aprendieron lenguajes y prácticas que orientaron sus modos de sentir, gestionar y expresar lo que sentían. Las aspiraciones y los idearios forjados en otras latitudes –y resignificados en los pueblos ferroviarios– deben haber habilitado un repertorio de emociones y estilos emocionales para expresar el descontento por la sobrecarga de trabajo, los bajos salarios, los riesgos, los accidentes laborales y las condiciones habitacionales precarias. Es posible que las aficciones y las quejas compartidas (que contradecían la imagen de una comunidad armoniosa, que intentaban proyectar las compañías) se expresaran en léxicos y estilos aprendidos al amparo de los idearios políticos importados y resignificados (anarquismo, socialismo, comunismo) y de las luchas y los desafíos cotidianos que suponía trabajar en una empresa ferroviaria.

En este sentido, los hallazgos de Florencia D’Uva (2019), en su investigación sobre el riesgo y los accidentes de trabajo en el ferrocarril a principios del siglo xx, también podrían leerse en clave de experiencias y aprendizajes emocionales. A partir de un relato vívido y minucioso, la autora repone la conmoción generalizada que causaron los grandes choques y los descarrilamientos de trenes de los que resultaron pasajeros y conductores gravemente heridos y fallecidos. Interpretados a luz de la historia de las emociones, los rituales fúnebres surcados de dramatismo que describe D’Uva sugieren caminos posibles para adentrarnos en la dinámica de la interacción entre carga de trabajo y carga emocional y para preguntarnos si esa ritualidad reforzaba la malla afectiva de la comunidad ferroviaria y si, a pesar de su fugacidad, constituía un espacio (o un momento) de aprendizaje emocional.

Los discursos fúnebres pronunciados por dirigentes sindicales, amigos y compañeros de sección de los difuntos resaltaban los atributos del ferroviario (en particular, del maquinista y el foguista que eran las víctimas más frecuentes). Se trataba de hombres



disciplinados, capaces de anteponer el deber a los afectos para transformarse en “fieles esclavos” de una tarea que literalmente los llevaba a dejar la vida en el trabajo (D’Uva 2019, p. 12). Amplificados por la prensa gremial, estos discursos condensaban los sentidos ambiguos del trabajo (lo que da de vivir, pero eventualmente puede matar) y construían imágenes de los ferroviarios como mártires y héroes que, como un maquinista del Central Argentino, que fue la única víctima del descarrilamiento del tren rápido a Rosario, en 1921, habían aprendido a “honrar la profesión muriendo por ella” (D’Uva 2019, p. 14). Es posible que esas imágenes se transformaran en insumos de una educación emocional en la que la valentía, el sacrificio y la responsabilidad se anteponian al miedo y a la angustia que –entre los ferroviarios y sus familias– provocaban los riesgos inherentes a la profesión. Los rituales y los léxicos, entendidos como prácticas emocionales, no solo son relevantes desde el punto de vista analítico (en tanto, como sugiere Rosenwein, permiten identificar comunidades), sino que el desarrollo de un lenguaje y de guiones emocionales comunes es clave para definir la pertenencia a una comunidad emocional. Aún más, ciertas “palabras de emoción” tienen un poder performativo, en la medida en que contribuyen a sentir las emociones que se nombran.

La bravura, la disciplina, el heroísmo, la virilidad y la solidaridad también constituyeron el andamiaje de la identidad de los trabajadores de a bordo del puerto de Buenos Aires, en el tránsito entre los siglos XIX y XX, que estudia Laura Caruso (2016). Como el de D’Uva, su abordaje se ubica en la intersección entre el trabajo y el género y, aunque en *Embarcados...* el amor hacia el gremio –la Federación Obrera Marítima (FOM)– es señalado como el catalizador de la identidad gremial, las emociones tampoco ocupan un lugar preponderante en el esquema interpretativo de la autora. En sus lecturas de la experiencia laboral y de lucha de los ferroviarios y los trabajadores marítimos, tanto D’Uva como Caruso destacan una constelación de valores a partir de la cual se delinearon lenguajes y sentidos de la masculinidad que permearon la organización de los gremios, la disciplina de sus miembros y las formas de expresar reclamos y confrontar con las patronales.

El disciplinamiento, a través de un lenguaje centrado en la masculinidad, habilita la pregunta sobre el papel de los sentimientos en la formación de unos trabajadores de quienes se esperaba que fuesen “soldados” (Caruso 2016, p. 45) que amaban a su gremio o héroes civiles que, a diferencia de los militares, “mueren sin matar a nadie” (D’Uva 2019, p. 15). Con estas metáforas, los trabajadores aprendían a “olvidar sus sentimientos” (D’Uva 2019, p. 12) y a comportarse como varones valientes y solidarios. ¿Pero cuáles eran los sentimientos preexistentes que tenían que olvidar y cuáles las emociones que debían aprender quienes se arriesgaban a los designios del mar o desafiaban, como los ferroviarios llamaban a la locomotora, al “monstruo desbocado” (D’Uva 2019, p. 13)?

Abordar las comunidades de trabajadores con las herramientas analíticas de la historia de las emociones y preguntarnos cómo se transmitían, se aprendían y se valoraban estilos emocionales específicos (y cómo esas valoraciones cambiaban en el tiempo) arrojaría nueva luz sobre la forma en la que las y los trabajadores gestionaban el conflicto, expresaban su insatisfacción, manifestaban sus reivindicaciones y negociaban

con sus empleadores. Es más, considerar la conexión entre estilos emocionales y relaciones espaciales permitiría comprender cómo cada ámbito o sector laboral específico articulaba estrategias y exponía estilos más o menos conflictivos o más o menos negociadores aprendidos en espacios formales, como los sindicatos, o en la interacción social cotidiana dentro de las “comunidades laborales”.

Ahora bien, la idea de comunidad puede sugerir niveles de homogeneidad y consenso en los que se difuminan jerarquías y desigualdades. Actores en posiciones asimétricas se relacionan de manera disímil con los estilos que regulan la vida emocional en las comunidades. Además, habitualmente los sujetos no forman parte de una sola comunidad, lo que supone que disponen de un repertorio amplio, que no solamente tensa los estándares dominantes en cada comunidad, sino que, a la vez, los expone a situaciones de inadecuación entre las expresiones emocionales y las expectativas que genera la interacción social. En este sentido, la noción de navegación de los sentimientos, que desarrollaremos en el próximo apartado, resulta útil para profundizar las dinámicas complejas que subyacen a esos procesos.

#### LA NAVEGACIÓN DE LOS SENTIMIENTOS Y EL SUFRIMIENTO EMOCIONAL

El análisis del consenso y el conflicto en los mundos del trabajo podría nutrirse de la problematización del sufrimiento emocional generado por los estilos impuestos en los espacios laborales y por las posibilidades de navegación que admiten. Desde un enfoque que tomaba distancia del proceso de civilización descrito por Norbert Elias (que implica un progresivo control de las pasiones a lo largo de la historia moderna) y de las perspectivas constructivistas que entienden las emociones como fenómenos culturales y formas de acción simbólica, William Reddy (2001) desarrolló el concepto de *emotives*, que supone la existencia de impulsos afectivos inmediatos que son expresados a partir de los repertorios emocionales que brindan los distintos regímenes emocionales. Lo novedoso del enfoque de Reddy es la introducción de la idea de sufrimiento emocional: los repertorios emocionales son siempre limitados y nunca permiten expresar las respuestas afectivas de manera cabal, lo que da lugar al sufrimiento emocional y también a la emergencia de refugios emocionales. En efecto, según este autor, el sufrimiento emocional es un motor del cambio histórico: impulsa a los actores a desplazar unos regímenes más rígidos por otros que admiten mayores posibilidades para la navegación de los sentimientos.

Aunque el concepto de régimen emocional resulta demasiado amplio para pensar espacios laborales específicos, la problematización del sufrimiento emocional y de las tensiones entre estándares emocionales distintos (los de los espacios de trabajo y los de otras comunidades de las que las y los trabajadores formaban parte) contribuiría a ampliar nuestro horizonte de reflexión no solo sobre la diversidad sincrónica de los estándares y prácticas emocionales (de empleados y empleadores) vinculadas al mundo del trabajo, sino también sobre su variación diacrónica. Y si asumimos que cada ámbi-

to laboral requiere de estilos emocionales específicos y también de distintos grados de tolerancia a las exigencias de los empleadores en función, por ejemplo, del lugar donde se desempeñan las tareas, es posible que los conceptos de sufrimiento y navegación iluminen dimensiones aún poco exploradas, como el impacto del trabajo en la subjetividad, la salud y el bienestar personal de las y los trabajadores.

Aunque se trató de un caso extremo, el suicidio de una de las vendedoras de la *Tienda San Juan*, en 1918, en la ciudad de Buenos Aires, que menciona fugazmente Graciela Queirolo (2018) en el libro *Mujeres en las oficinas*, expone la dinámica de la relación entre el trabajo emocional, las asimetrías de poder en el espacio laboral y la percepción subjetiva de esa desigualdad en la relación de trabajo. Después de que el gerente de la tienda la reprendiera con severidad en el salón de ventas delante de sus compañeras y de los clientes, la vendedora se quitó la vida. Aún en su condición límite, analizado a partir del andamiaje conceptual propuesto por Reddy, el hecho revela, por un lado, la importancia de los recursos personales para tolerar la carga emocional provocada por el alto costo afectivo del trabajo emocional. Por otro lado, amplía el horizonte de reflexión sobre las jerarquías ocupacionales y, específicamente, sobre las formas en que dichas jerarquías se traducen en abuso laboral (largas y extenuantes jornadas o malas condiciones de trabajo) y, más relevante aún, en un “abuso emocional” que expone a las y los trabajadores a la angustia, el miedo y la humillación.

La reacción de las y los trabajadores del comercio a este suceso, a partir del que se reforzó la organización sindical, resalta la relevancia que los contemporáneos dieron al sufrimiento emocional que podía generar el trabajo para definir qué se entendía como un régimen laboral justo.<sup>9</sup> Este desenlace dramático despertó la indignación de las organizaciones gremiales de los empleados de comercio, que denunciaron el maltrato laboral del que eran víctimas, en particular, las mujeres (Queirolo 2018, p. 166). En este sentido, expone la trama relacional entre sentimientos socialmente compartidos (como la indignación) y valores (como la solidaridad y la compasión) en los que se sostienen las economías morales. El suicidio no solo movilizó la protesta de los empleados de comercio de la ciudad, sino que, según afirma Queirolo, junto a una huelga de los empleados de la célebre tienda *Gath & Chávez* en defensa de la jornada laboral de ocho horas, fue crucial para lograr la unificación de las dos principales asociaciones sindicales que nucleaban al sector mercantil de la Buenos Aires de fines de la década de 1910.

El suceso de la vendedora de la *Tienda San Juan* también brinda elementos para abordar las asimetrías en los ámbitos laborales en términos de género, porque se trataba de la desigualdad entre personas con ocupaciones de distinta jerarquía, pero, a la vez, de la

---

9 Reddy sostiene que el sufrimiento emocional ocurre cuando los objetivos prioritarios entran en conflicto o cuando todas las opciones disponibles contrarrestan uno o varios objetivos prioritarios. En casos como el de la vendedora, sustraerse del abuso laboral (asumiendo que ese haya sido su objetivo prioritario) fue una opción contrarrestada por la amenaza del desempleo (que conlleva un costo material y emocional). Si permanecía en el puesto (suponiendo que su objetivo prioritario fuese el trabajo), quedaba expuesta al abuso laboral.

relación laboral entre un varón y una mujer, que disponían de repertorios emocionales distintos. Mientras que los varones tenían la posibilidad de expresar de manera abierta ciertas emociones, como el enojo y la insatisfacción, las mujeres debían ocultarlas. ¿Pero qué ocurría con las relaciones laborales entre mujeres? ¿Qué otras desigualdades las atravesaban? ¿De qué manera el tipo de lugar de trabajo –más o menos público, más o menos íntimo– condicionaba los estilos y los repertorios emocionales disponibles para mujeres en distintas posiciones de poder? ¿Qué posibilidades de navegación emocional tenían las trabajadoras en esos casos y con qué límites se encontraban?

El servicio doméstico permite problematizar las dinámicas de gestión de los sentimientos y el manejo de la carga emocional en un ámbito singular. Hasta mediados del siglo xx, eran numerosas las trabajadoras que vivían en la casa de quienes las contrataban y, aun las que residían en un hogar independiente, compartían largas horas con las familias que las empleaban. La convivencia cotidiana implicaba un vínculo estrecho, aunque también profundamente asimétrico, en el que la circulación simultánea de dinero y afectos daba lugar a relaciones ambivalentes. Muchas trabajadoras eran, además, migrantes. Si entre fines del siglo xix y comienzos del xx, las empleadas domésticas que se desempeñaban en la ciudad de Buenos Aires eran, en su mayoría, inmigrantes ultramarinas, en las décadas siguientes comenzaron a predominar las migrantes internas y las que provenían de países limítrofes (Gogna 1989, Cárdenas 1986, Allemandi 2017, Pérez, Cutuli y Garazi 2018). Podría pensarse que, en los hogares de las empleadoras, las trabajadoras se enfrentaban a estilos emocionales que usualmente diferían de los de sus propias comunidades –por su origen migratorio y de clase– y que la convivencia con la familia de las empleadoras y la distancia de sus entramados sociales, culturales y emocionales de pertenencia generaron situaciones de mayor sufrimiento emocional que el que se experimentaba en otras ocupaciones.

Tal vez, la maternidad sea una de las dimensiones que mejor revela las posibilidades y los límites de navegación emocional de las empleadas domésticas. Quienes trabajaban con retiro, no necesitaban que los empleadores aceptasen a sus hijos en sus hogares, pero sus extensas jornadas laborales obturaban su participación cotidiana en la crianza. Para quienes trabajaban “cama adentro”, las tensiones podían ser aún mayores. La presencia de los niños podía generar un deterioro de las condiciones laborales de las trabajadoras. Muchas veces, las patronas les descontaban parte del salario como compensación por los gastos de alimentación y vivienda. También podían esperar que, a cambio de alojarlos en su casa, los niños realizaran tareas domésticas sin obtener una remuneración. Además, esta situación podía poner en tela de juicio el papel de las empleadas como madres. Las empleadoras solían infantilizarlas y, en ocasiones, se adjudicaban el lugar de responsables de la crianza de los niños.<sup>10</sup> En esas circunstancias, muchas trabajadoras decidían ponerlos al cuidado de parientes, que podían o no residir en la misma localidad, o pedir su admisión en un hogar de niños.

---

10 Los siguientes ejemplos fueron citados en Pérez 2022.

Ahora bien, la separación física no necesariamente suponía ausencia de cariño. Las cartas que las empleadas domésticas enviaban a sus hijos registran distintas expresiones de amor y, aún más, iluminan los modos en los que ellas navegaban entre diferentes estilos emocionales. A partir de los años cuarenta, las autoridades de los hogares de niños demandaban a los familiares que mantuvieran el contacto con ellos, en el marco de un cambio en los modelos de crianza que enfatizó la importancia de la presencia de padres y madres y de la afectividad en la infancia. Las trabajadoras sabían que lo que las autoridades esperaban de ellas era que los visitaran y les escribieran con regularidad. También sabían que cumplir con esas expectativas suponía mayores posibilidades de reunificación, además de un mejor pasar para sus hijos. Las expresiones emocionales registradas en las cartas no eran espontáneas, en la medida en que estaban condicionadas por las expectativas institucionales, pero el hecho de que fueran esperadas y evaluadas no implica que se tratase de meras actuaciones estratégicas. Las trabajadoras tenían contacto con los estilos emocionales promovidos por las autoridades no solo a través de la prensa, el cine, la radio y otros artefactos culturales, sino también en el contexto de sus empleos. Es posible pensar, entonces, que ese vínculo cotidiano les haya permitido desarrollar cierta fluidez para navegar distintos estilos emocionales y elaborar sentidos propios del amor maternal.

El caso de las empleadas domésticas permite pensar los modos en que se articulan diversos clivajes de desigualdad en las experiencias emocionales. Las asimetrías vinculadas a la racialización, el género, la clase, el origen migratorio y aquellas que dependen de las jerarquías ocupacionales no solo operan simultáneamente, sino que se retroalimentan para configurarse de manera conjunta. Las posibilidades de expresión emocional dependen de la posición relativa de los sujetos en estas intrincadas configuraciones, lo que supone distintas intensidades de sufrimiento emocional y márgenes de navegación de los sentimientos. A su vez, la noción de navegación permite abordar la agencia de las y los trabajadores y sus límites en relación con los estilos emocionales que regulaban los distintos espacios por los que transitaban y las comunidades de las que formaban parte, así como las tensiones que podían surgir respecto de las limitaciones impuestas por sus condiciones materiales de vida para adecuarse a ellos. Los resultados de esa navegación podían ser muy diferentes. Como muestra el caso de los empleados de comercio, la posibilidad de encontrar o desarrollar soportes colectivos era clave para canalizar el sufrimiento emocional en acciones políticas tendientes a cuestionar un orden percibido como injusto. Sin embargo, aún en situaciones de mayor aislamiento, como las de las domésticas, los y las trabajadoras tenían márgenes de agencia para elaborar estilos emocionales propios, en un entramado en lo que lo político también tenía un lugar central.

#### CONSIDERACIONES FINALES

La renovación historiográfica de los últimos años puso en evidencia que las dinámicas que regulaban los mundos del trabajo estuvieron marcadas no solo por cuestiones ma-

teriales y morales, sino también emocionales. De forma paralela, la historia de las emociones experimentó un fuerte desarrollo y recientemente comenzó a explorar el papel de los sentimientos en las experiencias laborales. Sin embargo, los diálogos entre estos campos todavía son incipientes. En este artículo, propusimos pensar qué posibilidades de indagación sobre el trabajo en el pasado abren algunos conceptos elaborados por distintas líneas teóricas que convergen en el campo de los estudios de las emociones. En este caso, hicimos un recorte puntual del campo de la historia del trabajo y las y los trabajadores, que es sumamente amplio y que podría dar lugar a otros diálogos (con la historia de la protesta y el movimiento obrero, del trabajo doméstico no remunerado y del trabajo rural, entre otros). Aquí, nos detuvimos en las nociones de trabajo y carga, comunidades y estilos, educación y aprendizaje emocionales, y sufrimiento y navegación de los sentimientos, con el propósito de discutir su capacidad para renovar preguntas que complejicen nuestros análisis.

El abordaje desde las emociones amplía la noción de trabajo, al exponer que la labor no se limita a la realización de una serie de actividades específicas, sino que implica, además, la gestión de los sentimientos para adecuarlos a las normas que regulan los comportamientos en distintos ámbitos laborales. La carga que implica esta adecuación difiere de acuerdo a la naturaleza de la producción: como referimos arriba, en ocupaciones como la hotelería o la enfermería, las emociones de clientes y pacientes son una parte crucial de la tarea que se realiza, un elemento a partir del que se evalúa el rendimiento de las y los trabajadores, que deben sobrellevar mayores cargas emocionales a causa de las expectativas diferenciales que pesan sobre ellos.

El lugar de trabajo también supone cargas emocionales específicas. La noción de estilo busca problematizar la incidencia del espacio en los estándares y las experiencias emocionales indagando dónde y cómo se enseñan y se aprenden las normas de expresión de los sentimientos habilitadas en cada ámbito laboral. Como muestran algunas investigaciones a las que aludimos a lo largo de este artículo, en las fábricas las y los trabajadores recibían una educación emocional con la que los patrones buscaban construir formas sutiles de disciplinamiento orientadas a intensificar el rendimiento y a reducir el conflicto. Sin embargo, las fábricas también podían dar forma a comunidades emocionales de las que los patrones estaban excluidos, en las que se aprendían estilos y se gestionaban sentimientos que forjaban vínculos de solidaridad y prácticas de resistencia. Las comunidades emocionales no necesariamente compartían un mismo espacio, sino que podían construirse entre trabajadores que estaban dispersos, como fue el caso de los ferroviarios. Los entramados de redes en las que estaban inmersos –que en ocasiones trascendían las fronteras nacionales– eran el soporte para la circulación de saberes, sentidos morales y emociones que generaban una experiencia de copresencia aún en la distancia, crucial para articular significados específicos del trabajo y estrategias de lucha. Como muestra el caso de los marítimos y el episodio del suicidio de la vendedora, el género gravitaba en la forma en que se constituían las comunidades, en las tensiones entre los estilos emocionales que regulaban la vida laboral y familiar

y en las asimetrías de poder dentro de los lugares de trabajo y en sus implicancias en términos de libertad para expresar distintas emociones o necesidad de reprimirlas.

Si la noción de aprendizaje emocional arroja luz sobre un problema central para la historiografía del trabajo, como es el de los conflictos y las resistencias, las de sufrimiento y navegación de los sentimientos abren nuevas perspectivas para problematizar la agencia de las y los trabajadores, más allá de sus estrategias de resistencia. La idea de la navegación recupera formas de atravesar tensiones entre los sentimientos de las y los trabajadores, las expectativas de patrones y compañeros de trabajo y los estándares emocionales que rigen en diferentes contextos sociales y momentos históricos, que no cristalizaron en resistencia abierta, propuestas de lucha o alternativas posibles. Estas prácticas –que no son necesariamente individuales, sino que se articulan de manera colectiva– remiten a otras manifestaciones de lo político, que conviven con las de los ámbitos formales, gremiales y sindicales, y que son cruciales en las experiencias de y en las disputas sobre los sentidos del trabajo.

El interés de la historiografía del trabajo por los sentimientos, por cierto, no es una novedad. Aunque el concepto de economía moral desarrollado por Thompson ya contemplaba los sentimientos en la explicación de la formación de las identidades de clase y en las experiencias del trabajo, en buena medida, los asimilaba a tradiciones, valores y costumbres en común. Sin embargo, la historia de las emociones los ha puesto en el foco del análisis y de las líneas argumentales, lo que permite aprehender otras dimensiones de la experiencia; reformular lo que entendemos por trabajo, comunidad y agencia; y repensar lo político en una clave emocional. Este artículo constituye una reflexión preliminar que intenta sugerir posibles líneas de diálogo entre la historia del trabajo y la de las emociones. Confiamos en que contribuya a abrir nuevos debates.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALLEMANDI, C., 2017. *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)*. Buenos Aires: Teseo/San Andrés.
- ANDÚJAR, A., CARUSO, L., GUTIÉRREZ, F., PALERMO, S., PITA, V. & SCHETTINI, C., 2016. *Vivir con lo justo. Estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX*. Rosario: Prohistoria.
- ARNOLD-FORSTER, A., 2022. The emotional landscape of the hospital residence in post-war Britain. En: ARNOLD FORSTER, A. & MOULDS, A., *Feelings and Work in Modern History. Emotional Labour and Emotions about Labour*. Londres: Bloomsbury, pp. 58-75.
- AVERSA, M., 2014. Un mundo de gente menuda. El trabajo infantil tutelado. Ciudad de Buenos Aires, 1870-1920. Tesis doctoral inédita, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
- BJERG, M. & GAYOL, S., 2020. Presentación Dossier: Historia de las Emociones y Emociones con historia. *Anuario del Instituto De Historia Argentina*, vol. 20 (1), pp. 1-19.
- BLACKWELL-PAL, J., 2022. The 'system' of service. Emotional labour and the theatrical metaphor. En: ARNOLD FORSTER, A. Y MOULDS, A., *Feelings and Work in Modern History. Emotional Labour and Emotions about Labour*. Londres: Bloomsbury, pp. 215-233.
- BODDICE, R., 2018. *The History of Emotions*. Manchester: Manchester University Press.

- BOLTON, S. & BOYD, C., 2003. Trolley dolly or skilled emotion manager? Moving on from Hochschild Managed Heart. *Work, Employment and Society*, vol. 17 (2), pp. 289-308.
- CÁRDENAS, I. 1986. *Ramona y el robot. El servicio doméstico en barrios prestigiosos de Buenos Aires (1895-1985)*. Buenos Aires: Ediciones Búsqueda.
- CARUSO, L. 2016. *Embarcados. Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- D'UVA, F., 2019. Masculinidades obreras en los ferrocarriles: fuerza física, riesgos y responsabilidad profesional en la Argentina de principios del siglo xx. *Estudios del ISHIR*, Vol. 25, pp. 1-22.
- DONAUER, S. C., 2013. *Emotions at Work - Working on Emotions: The Production of Economic Selves in Twentieth-Century Germany*. Tesis doctoral, Freie Universität Berlin. Berlín.
- FEVERT, U. et al., 2014. *Learning How to Feel. Children's Literature and Emotional Socialization, 1870-1970*. Oxford: Oxford University Press.
- GAMMERL, B., 2015. Emotional Styles-concepts and challenges. *Rethinking History*, vol. 16 (2), pp. 161-175.
- GARAZI, D., 2020. *El revés de las vacaciones. Hotelería, trabajo y género. Mar del Plata, segunda mitad del siglo xx*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- GAVRILA, C., 2017. Para una arqueología del Trabajo Social. Reflexiones sobre la construcción del archivo de las Visitadoras de Higiene Social en la Universidad Nacional de La Plata. *Los trabajos y los días*, n° 6/7, pp. 132-137.
- GOGNA, M., 1989. Domestic Workers in Buenos Aires. En: CHANEY, E. & GARCÍA CASTRO, M. (ed.). *Muchachas no more. Household workers in Latin America and the Caribbean*. Philadelphia: Temple University Press. pp. 83-104.
- HOCHSCHILD, A. R., 2012 [1983]. *The Managed Heart. The Commercialization of Human Feeling*. Berkeley, Londres y Los Ángeles: University of California Press.
- LANGHAMER, C., 2016. Feelings, Women and Work in the Long 1950s. *Women's History Review*, vol. 26 (1), pp. 77-92.
- LOBATO, M., 2004. *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera de Berisso (1904-1970)*. Buenos Aires: Prohistoria.
- MITIDIERI, G., 2021. *Costureras, modistas, sastres y aprendices. Una aproximación al mundo del trabajo de la aguja: Buenos Aires, 1852-1862*. Mar del Plata: Eudem.
- MOULDS, A., 2022. Shop assistants, 'living-in' and emotional health, 1880s-1930s. En: Arnold Forster, A. y Moulds, A., *Feelings and Work in Modern History. Emotional Labour and Emotions about Labour*. Londres: Bloomsbury. pp. 37-57.
- PALERMO, S., 2013. En nombre del hogar proletario: Engendering the 1917 Great Railroad Strike in Argentina. *Hispanic American Historical Review*, vol. 93 (4), pp. 585-620.
- PÉREZ, I., 2022. Objetos emocionales y sentidos del amor maternal: experiencias de mujeres pobres en Buenos Aires, 1940-1950. *Trashumante: Revista Americana de Historia Social*, n° 20, pp. 102-121.
- PÉREZ, I., CUTULI, R. Y GARAZI, D., 2018. *Senderos que se bifurcan. Servicio doméstico y derechos laborales en la Argentina del siglo xx*. Mar del Plata: Eudem.
- PITA, V., 2018. Auxilios, costuras y limosnas. Una aproximación a las estrategias de vida de mujeres en la ciudad de Buenos Aires. 1852-1870. *Estudios del ISHIR*, n° 20, pp. 135-151.
- QUEIROLO, G., 2018. *Mujeres en las oficinas. Trabajo, género y clase en el sector administrativo (Buenos Aires, 1910-1950)*. Buenos Aires: Biblos.
- RAMACCIOTTI, K. & VALOBRA, A., 2017. El dilema Nightingale: controversias sobre la profesionalización de la enfermería en Argentina 1949-1967. *Dynamis*, vol. 367, pp. 367-387.
- REDDY, W., 2001. *The Navigation of Felling. A Framework for the History of Emotions*. Nueva York: Cambridge University Press.
- ROSENWEIN, B., 2006. *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca, New York: Cornell University Press.
- SCHEINKMAN, L., 2021. *La fábrica de chocolate. Trabajo, género y edad en la industria del dulce, Buenos Aires 1900-1943*. Mar del Plata: Eudem.



- SCHETTINI, C., 2020. Historias del trabajo y de la prostitución en América Latina: diálogos posibles. *Revista Latinoamericana de Trabajo y Trabajadores*, pp. 193-221.
- SCHETTINI, C. & SURIANO, J., 2019. *Historias Cruzadas. Diálogos historiográficos sobre el mundo del trabajo en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Teseo.
- STEARNS, P. & STEARNS, C., 1985. Emotionology. Clarifying the history of emotion and emotional standards. *American Historical Review*, vol. 90 (4), pp. 813-836.
- THOMPSON, E. P., 1971. The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century. *Past & Present*, vol. 50, pp. 76-136.

